

SOCORRO VÁSQUEZ CARDOZO (1954-2014), O LA ANTROPOLOGÍA COMO FORMA DE VIDA

HERNÁN DARÍO CORREA

Sociólogo de la Universidad del Valle

Siendo aún estudiante de antropología de la Universidad de los Andes, Socorro ayudó a organizar el Museo Arqueológico de Pucará, en los altos Andes ecuatorianos, y asistió a uno de esos milagros del tiempo que depara esa disciplina: al abrir una tumba vio cómo se deshizo en segundos una bella canastica donde los dolientes habían guardado durante cientos de años las cuentas de un collar de corales rojos, blancos y naranjas. Tal vez desde entonces quedó prendada al mismo tiempo de las piedras y de los tejidos, que dominaron sus días hasta su partida definitiva hacia ese más allá que tal vez buscaba palpar con esa tarea prematura.

Cuando la conocí tenía junto a sus libros un canasto lleno de ovillos y grandes agujas con las que tejía bufandas y chalecos de lana virgen mientras oía la música barroca o los coros que siempre le encantaron; y una caja con piedras de muchos colores y densidades sobre las cuales. A lo largo de los años, fui entendiendo lo que le oí en una bella conferencia que dictó a los trabajadores y amigos de Acotv a finales del año 2013: que las piedras no eran más que condensaciones de energía cósmica y, por ende, entidades espirituales que palpitan cuando entran en contacto con otras formas corporales. Algo así como lo que dicen los mamos de la Sierra Nevada de Santa Marta sobre las piedras como cristalizaciones espirituales de los antiguos.

El silencio en que se sumía mientras tejía era tal vez su estado ideal: allí preparaba al mismo tiempo prendas como aquellas y sus clases, e ideaba caminos para mantener búsquedas interiores que siempre la llevaron más allá del ruido y los afares del trabajo o de la diversión, afirmada en esas pequeñas cosas que siempre le permitían develar lo efímero: unas conchas que recogía con lentitud en la playa, piedritas que rodaban por el camino o por el río y que atesoró en sus viajes, hojas de hierba o flores que se le atravesaban solo a ella, pues los demás apenas reparábamos en su belleza cuando nos las mostraba con una

sonrisa discreta, o cuando las encontrábamos ya secas pero enteras entre las páginas de algún libro, al parecer a punto de desmoronarse pero en realidad preservadas y airosas con sus nervaduras al aire, como aquellos corales.

Tal vez por eso uno de sus primeros trabajos se refirió a las perlas de La Guajira, explotadas en las rancherías del mismo nombre durante el siglo XVI y analizadas con base en los materiales del Archivo de Indias que recopiló allí durante meses (Vásquez 1988). Cuando ingresó a la carrera de antropología, había estudiado tres años de medicina en la Universidad Industrial de Santander, durante los cuales dedicó especial atención a la biología, quizá uno de los crisoles personales hacia esos mundos profundos de la vida.

Socorro se dedicó a la cátedra la mayor parte de su carrera, en el Departamento de Antropología de la Universidad Javeriana, del cual fue su directora durante más de diez años, y donde compartió al comienzo tareas y amistad con los inolvidables pioneros antropólogos Álvaro Chávez y Horacio Calle. Allí dictó clases de materias como antropología general, etnología, cultura y alimentación, etnohistoria, etnobotánica, cuerpo y cultura, y salud y enfermedad, entre otras. Cuando le pedí a alguna de sus compañeras unas notas sobre su trabajo como antropóloga para incluirlas en este texto, me respondió que en realidad solo había trabajado con ella en la academia y no en el ejercicio de la profesión; tal vez no ha entendido aún que fue allí donde desplegó la verdadera esencia de ese oficio, como me lo reveló otra de sus colegas (Maritza Díaz, com. pers. septiembre de 2014):

Quando Socorro, como directora del Departamento de Antropología de la Pontificia Universidad Javeriana, me invitó a dictar un curso, nunca imaginé que ella mantuviera una cercanía tan atenta al proceso de formación de las y los estudiantes. ¿Qué tal escriben? ¿Qué les interesa? ¿Qué fortalezas o debilidades ve en su formación? Todo ello orientado hacia buscar alternativas para que su formación les permitiera no solo ser rigurosos, sino fascinarse en lo profundo de su ser con la mirada y la labor antropológica. Entre lo mucho que compartimos, tuvo especial trascendencia su interés por la infancia vista desde la diversidad y la profundidad del pensamiento de los pueblos indígenas. Su determinación nos permitió abrir algunas compuertas que entre cafés y ricas charlas se concretaron

en dos simposios de antropología y la edición de un libro con las ponencias¹. Socorro me acercó a una manera muy suya de hacer trabajo de campo: en la última década se interesó de manera especial por el vínculo que por medio de los arrullos y las narraciones despliegan las madres con los bebés²; para ello sostuvo sentidos encuentros con sus queridas wayuu y con mujeres de los pueblos indígenas Arhuaco, Kamentzá, Piapoco y Uitoto. De ese modo siempre me transmitió acerca de los tantos dilemas y debates teóricos que hay en torno a la etnografía, que lo fundamental es lograr verdaderamente “estar allí”, conectados con el acontecer, con el sentir y con lo que cada qué dice acerca de su vida cotidiana. Con una mirada a veces más intuitiva que teórica, desarrolló una manera de percibir lo que parecía invisible a primera vista. Después de develar algo recóndito, exclamaba con admirable seguridad: “¡Ah, claro...!”; mientras yo apenas descifraba lo que ella ya había entendido mucho antes. Pasábamos luego a una sencilla y profunda explicación.

De mi parte, pude palpar una vez más ese compromiso con sus estudiantes cuando en su sepelio se me acercó una joven con su madre. Venían a saludarnos y a expresarme como un secreto que Socorro les había cambiado la vida cuando buscó a la novel estudiante de primer semestre que no volvió a clases; llegó hasta su casa a preguntarle por qué estaba desistiendo de una carrera que sin duda le gustaba: ¡encontró que había quedado embarazada y sentía que no podía regresar! Allí su pedagogía y su solidaridad se desplegaron hasta mostrarle que podía acabar de crecer al mismo tiempo como joven, como madre, como estudiante y como la antropóloga en que finalmente se convirtió.

En ese mismo sentido, su tesis de maestría en Desarrollo Rural la dedicó a los niños de San Miguel de Sema, Boyacá (Vásquez 2002). Muchos años después, hizo la investigación junto con Martha Solano —su compañera, amiga y colega— sobre *Familia, salud y enfermedad mental*, donde establecen correlaciones entre patriarcalismo, dinámicas del cuidado y mentalidad familiar en el país. Socorro hizo parte de comités de redacción de revistas universitarias, fue coorganizadora de

1 (Díaz y Vásquez 2010).

2 (ICBF 2010).

algunos de los congresos nacionales de antropología y del VI Congreso Latinoamericano de Religión y Etnicidad. Además, dirigió tesis de grado, como la del historiador Eduardo Barrera dedicada a las guerras hispano-wayuu durante el siglo XVIII.

Durante los casi treinta años en los que desplegó su magisterio en la Universidad Javeriana, Socorro mantuvo un vínculo con la investigación. Una síntesis de su tesis de pregrado en la Universidad de los Andes (Vásquez 1983), la monografía *La Guajira 1890-1935* —que fue publicada en la revista *Universitas Humanística* de la Pontificia Universidad Javeriana—, la hizo a partir de una pesquisa de dos años en el Archivo Nacional sobre la historia de los “guajiros”. Con ellos se vinculó muy pronto, ayudando a deslindar para el país entero la condición de pueblo de los Wayuu respecto del mestizaje regional guajiro, tarea que asumió también con una cátedra informal y ambulante por las rancherías y espacios de Manaure, Uribia y la alta Guajira, cuando jóvenes estudiantes wayuu de bachillerato se le acercaban para recibir su orientación sobre cómo recuperar la historia local de sus familias y comarcas, o el modo de entrevistar a los viejos en torno a las propias reglas de manejo territorial o de los sistemas de representación ante los alijunas, esa “gente no wayuu”.

Ese magisterio de Socorro inició con unos talleres de etnohistoria que le encargó Remedios Fajardo, de Yanama, Organización Indígena de la Guajira. El trabajo empezó a mediados de los años ochenta, cuando había retornado de Sevilla, España, donde el trabajo en el Archivo de Indias le permitió reconocer asuntos fundacionales de esa región y de sus relaciones sociales, como las pesquerías de perlas o la adopción del pastoreo por parte de los recolectores, cazadores y horticultores wayuu, durante los siglos XVI y XVII.

El maestro Roberto Pineda Giraldo le había pedido retomar en un trabajo de campo algunas preguntas sobre mestizaje que él había trabajado con su esposa, Virginia Gutiérrez, durante los años cuarenta. Con ese fin, Socorro emprendió una investigación que redundó en el trabajo *Cambios culturales y redefiniciones territoriales wayuu a comienzos del siglo xx* (Vásquez y Correa 1986). Al mismo tiempo, sentó las bases de esa relación vital con las nacientes organizaciones wayuu que se enfrentaban a los profundos cambios que imponían proyectos como el del Cerrejón o la privatización de la explotación de las salinas

de Manaure, de algún modo similares a los retos que enfrentaron y superaron en aquellos siglos.

En esa lucha fue fundamental su trabajo *Cambios culturales en la comunidad wayuu de Manaure. Informe cultural del “Proyecto de apoyo a la comunidad de Manaure en su lucha en torno a las salinas de Manaure”* (Vásquez 1990a), el cual le permitió a los líderes y jóvenes —y por supuesto a los ministros y funcionarios relacionados con el tema— reconocer la territorialidad familiar wayuu en el entorno de las salinas, como se sabe tan extensas (25 kilómetros de largo por 5 de ancho a lo largo del corredor costero del occidente de esa población, en los deltas de los arroyos de Taguaya y Musichi) como importantes en el abastecimiento de sal nacional durante décadas.

Dicho trabajo lo realizó con ayuda de los jóvenes estudiantes del colegio Eusebio Septimio Mari, que años después inauguraron el programa indígena de ingreso a la universidad, creado por la oficina de asuntos indígenas del Ministerio de Gobierno y el Icfes, a instancias de empeños como el de la organización Jimaary Wayuu. Uno de esos jóvenes, hoy reconocido dirigente wayuu, habló durante su sepelio para expresar el sentimiento de duelo que significó su ida para toda una generación de líderes wayuu.

La intimidad que Socorro logró crear con algunas mujeres wayuu, durante sus diversas estancias en el territorio, le permitió ir al fondo de algunas de las pautas de su maternidad. Estas indagaciones las consignó en el trabajo “Los Wayuu, entre Juyá (‘el que llueve’), Mma (‘la tierra’) y el desarrollo urbano regional”, publicado en el tomo II, *Nordeste indígena*, de la serie *Geografía Humana de Colombia* del Instituto de Cultura Hispánica. En ese trabajo también se asomó a ese campo de la vida y de la regulación social wayuu que son los sueños, a los cuales, de su parte, aprendió a respetar como lo que son: otra forma de seguir construyendo sentidos para la vida. También en ese sentido escribió los artículos “Las mujeres de las perlas” (1990b) y “Pesquerías de perlas del Cabo de la Vela” (1989), publicados en el Boletín de Antropología de la Universidad Javeriana. Además, fue investigadora asociada en el proceso de trabajo sobre la mujer negra esclava en la Colonia.

Con la misma intimidad que con las piedras, también vivió una relación con las plantas, según decir de su colega y amigo, el médico Germán Zuluaga:

No vaciló en creer y acompañar el camino de las plantas medicinales, de los conocimientos tradicionales ancestrales y de la savia de los sabios de la selva. Impulsó los primeros cursos de plantas medicinales en educación continuada; puso carta blanca para el Seminario Taller de Culturas Médicas Tradicionales e incluso promovió la interculturalidad como ejercicio académico y científico; y no vaciló tampoco en ponerse en manos de los taitas (del yagé) para su salud y el anhelo de la fertilidad, felizmente celebrada con el nacimiento de Sara Manuela.

Ese campo de la cultura campesina e indígena la absorbió hasta el final de sus días, como parte del equipo de trabajo que produjo la “Caracterización sociocultural de la ‘Plaza de las yerbas’ de Bogotá, Samper Mendoza”, publicado de forma póstuma en el libro del Instituto para la Economía Social (2014), *Las plazas tienen quien las quiera. En el camino de la recuperación de las plazas de mercado de Bogotá*.

Su profundo vínculo con el mundo wayuu se nos reveló de forma asombrosa dos meses después de su partida definitiva: Goyo, profesor wayuu que le había ayudado con su traducción a recolectar y transcribir las nanas maternas wayuu, me mandó decir con Miguel Valbuena, antropólogo wayuu y amigo nuestro de toda la vida, que había soñado con ella, quien desde un tren que iba hacia la alta Guajira, le decía, sonriente, adiós... Cuando le empecé a contar a mi vez a Sara Manuela, nuestra hija, ese mensaje, sonrojada y asombrada me contó que en la misma noche referida por Goyo, ella había tenido el mismo sueño...

Así vivió y trabajó siempre Socorro: entre el misterio, el silencio y las complicidades del trabajo y la amistad. Con una sonrisa cuando todos ellos le deparaban encuentros afectivos o del conocimiento, generalmente combinados, con una distancia respecto del mundo que algunos confundíamos con indiferencia o escepticismo sobre los afanes políticos pero que, en realidad, expresaban esa intimidad con que maduraba sus relaciones y el conocimiento que compartía siempre a su manera discreta de hacer pedagogía. La entereza y la coherencia con que enfrentó el tránsito final, como ella decía, fue sin duda —lo vemos ahora que su energía y su ejemplo flotan aún entre nosotros— otra de sus lecciones silenciosas...

REFERENCIAS

- Díaz, Maritza y Socorro Vásquez, editoras. 2010. *Contribuciones a la antropología de la infancia. La niñez como campo de agencia, autonomía y construcción cultural*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Instituto de Bienestar Familiar. 2010. *Putunkaa Serruma: Duérmete, pajarito blanco. Arrullos y relatos indígenas de cinco etnias colombianas*. Bogotá: Fundalectura.
- Instituto para la Economía Social. 2014. *Las plazas tienen quien las quiera. En el camino de la recuperación de las plazas de mercado de Bogotá*. Bogotá: IPES.
- Solano, Martha y Socorro Vásquez. 2011. “Familia, salud y enfermedad mental”. Bogotá: Colciencias. Informe final.
- Vásquez, Socorro. 1983. “Aproximación a la historia regional de la Guajira: Wayuu Arijuna 1900-1935”. *Universitas Humanística* 19: 7-18.
- Vásquez, Socorro. 1988. “Relaciones de contacto en la Guajira del siglo XVI: Wayuu, negros y arijunas en las pesquerías de perlas del Cabo de la Vela”. Informe final de investigación. Colciencias-Pontificia Universidad Javeriana.
- Vásquez, Socorro. 1989. “Pesquerías de perlas del Cabo de la Vela”. *Boletín de Antropología Universidad Javeriana* 4 (4): 46-47.
- Vásquez, Socorro. 1990a. *Cambios Culturales en la comunidad wayuu de Manaure. Informe cultural del “Proyecto de apoyo a la comunidad de Manaure en su lucha en torno a las salinas de Manaure”*. Bogotá: Mimeo.
- Vásquez, Socorro 1990b. “Las mujeres de las perlas”. *Boletín de Antropología Universidad Javeriana* 5 (5): 63-66.
- Vásquez, Socorro. 1993a. “La transfiguración étnica wayuu: territorialidad y adopción del pastoreo en la Guajira de los siglos XVI y XVII”. Bogotá: Colciencias/Pontificia Universidad Javeriana. Informe final.
- Vásquez, Socorro. 1993b. “Los Wayuu, entre Juyá (‘el que llueve’), Mma (‘la tierra’) y el desarrollo urbano regional”. En *Nordeste indígena*, tomo II de la serie *Geografía Humana de Colombia*. Bogotá: Instituto de Cultura Hispánica.
- Vásquez, Socorro. 2002. “Niños y niñas en la escuela rural. Una aproximación a las relaciones de género”. Tesis de maestría en desarrollo rural, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- Vásquez, Socorro y Hernán Darío Correa. 1986. *Cambios culturales y redefinición territorial wayuu a comienzos del siglo XX*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.

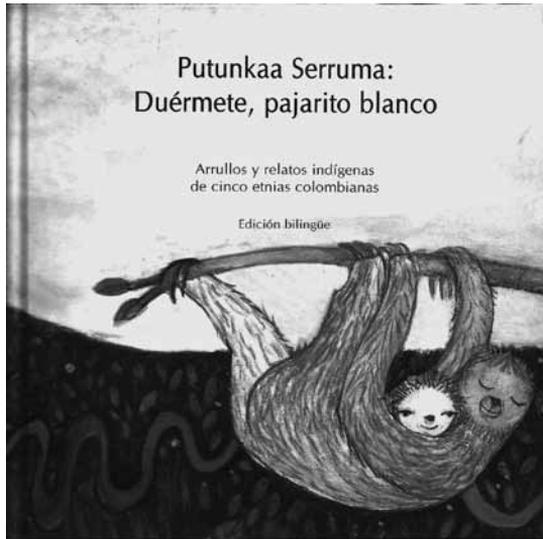


Figura 1.

Carátula del libro de Bienestar Familiar sobre nanas indígenas.

Fuente: Instituto de Bienestar Familiar 2010.



Figura 2.

Socorro Vásquez con niños wayuu. Ranchería de Majayurpana, Sabanas de Maicao, La Guajira. 1985. Fuente: archivo particular.



Figura 3.

Socorro Vásquez con su hija Sara Manuela Correa de dos años de nacida. Bogotá, 2001. Fuente: archivo particular.



Figura 4.

Socorro Vásquez con líderes y autoridades tradicionales wayuu. De izquierda a derecha: Chayito Epieyú, Socorro Vásquez, Chayo Epieyú, dos jóvenes estudiantes wayuu, Armando Valbuena Goauriyú, cuatro Alaulayuu o jefes tradicionales del territorio aledaño a las salinas de Manaure, el tercero de derecha a izquierda es Coronel Pushaina. Salto del Tequendama. s.f. Fuente: archivo particular.



Figura 5.

Socorro Vásquez en su último viaje al territorio wayuu. Manaure, La Guajira. Diciembre de 2012. Fuente: archivo particular.



Figura 6.

Socorro Vásquez en La Alhambra. Granada, España. Diciembre de 1984. Fuente: archivo particular.



Figura 7.

Socorro con manta wayuu. Portete, alta Guajira, 1988. Fuente: archivo particular.



Figura 8.

Socorro Vásquez el día de su grado como antropóloga en la Universidad de Los Andes. Bogotá. 1983. Fuente: archivo particular.